

Maldita la hora en la que se me ocurrió meterme en esto!!!

Los adultos jóvenes desde la biblioteca pública

Es tradición que la biblioteca pública únicamente tome en consideración, de manera regular y sistemática, a un segmento de clientes, el infantil. Todos los demás suelen quedar relegados al cajón de sastre de los adultos, aunque, bien es cierto, de unos años a esta parte algunas bibliotecas contemplan, regular o puntualmente, programas para inmigrantes, enfermos, alfabetizando o mujeres. Puesto que no creo que exista ninguna fórmula mágica de validez universal, me resulta difícil entender por qué los niños han de recibir indiscutiblemente un trato específico. Parece quizá más próxima a mi concepción de la biblioteca la segunda propuesta, es decir: una determinada biblioteca se encuentra ubicada en un cierto contexto, habitado por personas de características identificables. La biblioteca analiza estas características identificables de las personas que habitan en su contexto y, a partir de este, digamos, estudio de mercado, establece sus prioridades y sus programas. En un segundo momento acaso se descubra que en la mayoría de los contextos en los que las bibliotecas públicas ejercen su actividad existe un alto número de niños; pero esto no es un axioma, sino una derivación.

Desde mi punto de vista, es posible generalizar –simplemente generalizar, no postular como fórmula mágica– un eje de coordenadas en el que, por una parte, se tome en consideración la evolución psicológica del cliente y, por otra, su *status* sociocultural. De este eje de coordenadas sospecho que nacen, explícita o implícitamente, todos los programas que las bibliotecas dedican a segmentos específicos de clientes adultos. Y de este eje de coordenadas nace el tratamiento ambiguo, a veces contradictorio, que muchas bibliotecas dan al segmento de clientes al que llamo adultos jóvenes, o, por utilizar un término que detesto, adolescentes, es decir, aquellos individuos comprendidos, más o menos, entre los doce y los veinte años.

Por supuesto, no se trata de un bloque homogéneo de individuos: psicológicamente, un joven de doce años quizá está desarrollando todavía su capacidad de razonamiento abstracto, mientras que un joven de veinte quizá es capaz de razonar ya como un adulto en sentido estricto. Culturalmente, el joven de veinte años, con cierta probabilidad, se encontrará preocupado por su futuro profesional; el de doce años, por terminar a tiem-

po su trabajo de clase. Biológicamente, uno de ellos está comenzando a madurar, el otro está finalizando su maduración.

Todo lo anterior puede parecer un punto de partida; en realidad, es una conclusión, de la que sólo ahora soy consciente y a la que he llegado después de trabajar algunos años con adultos jóvenes, después de lanzar muchos palos de ciego y de recibir otros tantos chascos, más bien sonoros. Quizá se entienda mejor si explico la línea de evolución que, en el tratamiento del adolescente, hemos seguido desde 1994 hasta la fecha, primero en la Biblioteca Rafael Rubio y después en la del Centro Cultural Ramón Alonso Luzzy.

La edad del balbuceo (1994-1995)

La Biblioteca Rafael Rubio se inauguró en la primavera de 1994 y, como en la mayor parte de bibliotecas, desde el principio se llevó a cabo un sólido trabajo para captar socios infantiles. No existían planes respecto a los adultos jóvenes. De hecho, se producía incluso una contradicción en el funcionamiento de la biblioteca, puesto que a los clientes mayores de catorce años se les asignaba carnet de adulto, pero, al mismo tiempo, los libros que las editoriales aseguran que resultan adecuados para los adolescentes (esta es otra cuestión que ya he tratado en varias ocasiones), se ubicaban en la sala infantil, en su rincón más escondido. Imagino que esta contradicción era el resultado de la inercia, del supuesto de que lo que tradicionalmente se hace en casi todas las bibliotecas es lo que debe hacerse. Sin embargo, no era ésta la única contradicción: los jóvenes no tomaban en préstamo los libros que se encontraban en la sala infantil, sino los de la sala de adultos, pero, si precisaban información para sus trabajos, entonces sí tenían que recurrir al fondo infantil, salvo que el profesor de literatura hubiera recomendado un libro ubicado en la sala de adultos, en cuyo caso los jóvenes tenían que retornar a ella; por otra parte, aunque tenían carnet de adulto y, en consecuencia, derecho a utilizar cualquier libro de la biblioteca, los bibliotecarios habíamos establecido algo así como una censura implícita sobre ciertos títulos, cuya lectura no estaba prohibida, pero de la

que intentábamos disuadir al joven (sospecho que en este comportamiento puntual jugó un papel relevante el pánico provocado por la madre de un adolescente que había sorprendido a su hijo leyendo *El Clic* de Manara y había procedido, no sólo a denunciar a las bibliotecas por distribuir pornografía encubierta, sino también a tomar sus tijeras de costura y destruir meticulosamente un cómic que no era de su propiedad. Entonces todos nos asustamos, pero, puesto que el incidente no ha vuelto a repetirse, imagino la respuesta que actualmente le daría a una madre de tal estilo, y que no reproduciré en beneficio del buen gusto).

Esta anécdota no es trivial. En realidad, fue uno de los desencadenantes de la sospecha de que algo no iba bien con los adultos jóvenes. Otro de los desencadenantes fue la circunstancia de que, pese a todas las contradicciones en que incurriamos, los adolescentes constituían uno de los segmentos de clientes más importantes de la biblioteca. No era necesario llevar a cabo un estudio de mercado muy detallado para advertir que la biblioteca había sido construída, pared con pared, junto a un centro de la entonces todavía llamada enseñanza media, y que en el barrio existían otros dos centros similares, sin contar los siete colegios en los que la E.G.B. daba sus últimos coletazos y se comenzaban a implantar los primeros cursos de E.S.O. Es decir, existían indicios suficientes para suponer que los adultos jóvenes, en el caso de la Biblioteca Rafael Rubio, merecían un tratamiento específico o, al menos, un análisis previo para decidir si el tratamiento que recibían era el adecuado. La respuesta de tal análisis fue "no".

La edad de la estadística (1995-1996)

No resulta fácil convencer a nadie de que lo que se ha venido haciendo hasta el momento es lo que se debe seguir haciendo. En el caso de la Administración pública, esto se consigue, por regla general, presentando unos excelentes informes llenos de gráficos ascendentes que indican, sin lugar a dudas, que las cifras de préstamo están mejorando. Para que las cifras de préstamo mejoren, no obstante, resulta preciso planear una estrategia, y los primeros pasos que se dieron en la biblioteca en este sentido fueron:

En primer lugar, modificación del funcionamiento y de la ubicación de los fondos, de manera tal que el adolescente pudiera encontrarlos sin problemas en la sala que teóricamente le correspondía, la de adultos.

En segundo lugar, análisis del adulto joven desde diversos puntos de vista –psicología, pedagogía, historia, sociología, antropología...–, con el objeto de conocer algo mejor a nuestros clientes. Es aquí donde viene quizá al caso la anécdota de Milo Manara: estoy convencido de que cualquier madre tiene perfecto derecho a decidir la educación que quiere para sus hijos; pero,

después de desempolvar y releer mis terribles manuales de la facultad, también estoy convencido de que las bibliotecas tienen perfecto derecho a ofrecer a los jóvenes, sin cortapisas, todo lo que ellos deseen libremente leer.

En tercer lugar, análisis de la cultura en que se desenvuelven los adultos jóvenes. Sobre todo, el libro; pero también la música, la informática o el deporte. El criterio de las editoriales es un criterio, y, sin embargo, no es el criterio con mayúsculas. Si leyéramos con mayor frecuencia lo que a los jóvenes les gusta leer, si escucháramos su música o nos paseáramos por sus programas informáticos, probablemente nos llevaríamos más de una sorpresa.

En cuarto lugar, diseño de una campaña de promoción de la biblioteca y de sus fondos. Todo lo anterior era relativamente sencillo: en lo fundamental, se reducía a redibujar planos o utilizar bibliografía. La promoción, empero, implicaba el acercamiento directo al cliente y, en este sentido, resultaba mucho más complicado. Aunque detesto la esquematización en puntos, subpuntos, aspectos, subaspectos, subsubaspectos y otros matices, creo que puede ser adecuada en este momento, de manera que indicaré, haciendo uso de uno de tales esquemas, lo que en aquel momento se llevó a cabo –palos de ciego, como dije, en su mayor parte, algunos afortunados y otros desastrosos–:

- a) Promoción interna del fondo:
 - Elaboración de un tablón de anuncios donde se reseñaban, en un tono que pretendía ser atractivo y ameno, los títulos que se consideraban de interés. Posteriormente, el humilde tablón se hizo más amplio, se escanearon, por ejemplo, las cubiertas de los libros; se incluyeron citas, fragmentos, letras de canciones; se pidió ayuda al Centro de Recursos Juveniles del Ayuntamiento para incorporar también su información...
 - Elaboración masiva de guías de lectura de probable interés: acerca de los indios, de los problemas familiares, de la generación *grunge* (Kurt Cobain acababa de morir, Mañas triunfaba con sus *Historias del Kronen* y todo aquello estaba más bien de moda). Aunque las guías eran materialmente pobres, se pretendía que sus títulos, sus imágenes, su diseño general resultara atractivo y sugerente. Me resultó especialmente divertido elaborar una guía dedicada al amor, titulada *Todas están locas por él*, y coronada por una fotografía de Brad Pitt, en la que un apócrifo club de fans escribía sus recomendaciones.
 - Hacia el final de la edad de la estadística, comenzamos también a preparar exposiciones de libros, en las que éstos se combinaban con juegos y otros tipos de materiales informativos. Puesto que la llamada fantasía épica era terreno abonado, la mayor parte de las exposiciones estaban dedicadas a la literatura fantástica y de ciencia ficción. De aquella época es la única

actividad que permanece, y ha ido creciendo año tras año. En general, estoy contento de *Ficciones*; pero, en general, también estoy algo cansado de *Ficciones*, y no sé si el público tendrá la misma sensación.

b) Promoción externa de la biblioteca:

- Entrevistas con las asociaciones de estudiantes, los clubes juveniles, etcétera, para convencerles de la importancia de que visitaran la biblioteca y se esforzaran por subir las cifras de préstamos. Puesto que los jóvenes suelen tener bastante trabajo intentando aprobar el curso y otras instituciones les ofrecen actividades a primera vista más interesantes, de aquellas entrevistas recuerdo que me miraron como a un extraterrestre y se olvidaron del tema antes de que yo hubiera terminado de salir por la puerta.
- También hacia el final de la edad de la estadística, las bibliotecas alcanzaron algunos acuerdos útiles con otras instituciones. Así, por ejemplo, el Centro de Recursos Juveniles nos ofreció una página en su boletín mensual. Esta sección se ha mantenido, con muchas variaciones, en el curso del tiempo. Al comienzo se recomendaban títulos en tono ameno. En la actualidad simplemente es un listado de los libros adquiridos durante el mes anterior. Puesto que las bibliotecas son invitadas del boletín, creo que debemos respetar sus criterios de edición; pero, personalmente, me resultaba más divertido reinventar la historia de San Brandán desde el punto de vista de la ballena que sacar por el ordenador una lista de los libros catalogados.

De igual modo, se acordó, con una librería, editar anualmente una guía de lectura, *Los cuarenta principales*, de mayor alcance que las guías internas de las bibliotecas. Esta guía, que también se ha mantenido hasta la actualidad, incluye comentarios de los libros propuestos, sugerencias acerca de los géneros o las edades y otras aportaciones que la enriquecen. Hasta donde sé, goza de bastante éxito entre los jóvenes y los profesores, y espero que dure mucho tiempo.

Por último, las bibliotecas consiguieron un espacio semanal en una cadena local de televisión. Debo confesar que me gusta más la radio (cuando era joven realizaba un programa nocturno y canalla en el que aprendí a hablar en libertad), pero la cadena de televisión lleva a cabo un excelente y riguroso trabajo y, lo que resulta más importante, también se puede hablar en libertad. El programa lo compartimos varios bibliotecarios y, cuando es mi turno, intento enfocar el espacio hacia el adulto joven. Me han dicho que tenemos bastante éxito y, aunque no he podido comentarlo en detalle con mis compañeros, supongo que, al menos en mi caso, el hecho de que me guste hablar acerca de lo que hablo se transmite de alguna manera.

La actividad más relevante, quizá debiera decir más agotadora, de la edad de la estadística, fue el desplazamiento a los centros de enseñanza para presentar la

biblioteca. Durante las primeras cincuenta charlas me limitaba a actuar como tríptico informativo, es decir, a indicar los servicios, el fondo, el horario, el procedimiento para obtener el carnet... Los jóvenes se aburrían como ostras y yo me aburría como una ostra más o menos parecida, de manera que un día, sospecho que sin ser consciente de ello, me salté las normas (este es uno de los vicios que no he perdido con los años) y comencé a explicar cuáles eran los últimos libros que había leído, cuáles me habían gustado y cuáles no, y por qué. Luego dije: "Y vosotros, ¿no tenéis nada que recomendarme?" Me recomendaron desde Stephen King y el *Kama Sutra* hasta *Don Juan Tenorio*, discutimos sobre Janis Joplin y Jimi Hendrix, estuvimos de acuerdo acerca del monopolio de Bill Gates, la hora de la charla se nos pasó en un vuelo y desde entonces no he vuelto a mencionar el procedimiento para obtener el carnet de la biblioteca. Creo que fue por esa época cuando terminó la edad de la estadística y empezó la edad de la simpatía.

La edad de la simpatía (1996-1997)

A estas alturas ya no resultaba necesario idear procedimientos para incrementar las cifras de préstamos. El trabajo realizado durante la edad de la estadística daba sus frutos y los gráficos mostraban una espectacular curva ascendente. Por supuesto, no dejaron de hacerse cosas. Ya saben: encuentros de autor, exposiciones temporales en los centros y todo eso. Conseguimos, incluso, nuestro propio boletín, más bien pobre, porque el presupuesto sólo daba para la impresión a dos tintas de un A3. Pero lo realmente importante del *Quédate conmigo* no era —debiera decir no es, puesto que aún se edita—su pobreza, sino el hecho de que estaba realizado, en su mayor parte, por los jóvenes. Yo me limitaba a cubrir algún hueco y a componerlo para la imprenta. También se editaba —se edita— *Kabarett Voltaire*, un fanzine fotocopiado con textos literarios elaborados por los jóvenes.

Por aquel entonces logré vencer algunas reticencias y programar un concierto de música celta en la sala de adultos de la biblioteca. La sala tuvo lleno absoluto, no robaron libros, y Malagüero —el grupo protagonista—gozó de una merecida oportunidad de darse a conocer.

Se trataba, qué duda cabe, de logros. Sin embargo, yo no estaba del todo contento (esta es una de las virtudes que no he perdido con los años). Habíamos aprendido, se nos respetaba y pedía opinión, y nosotros pedíamos también la de profesores, padres, editores... Faltaba, empero, la opinión más importante, la de los propios interesados. Yo la conocía, claro está, gracias a interminables conversaciones con aquellos a quienes tenía ya más por amigos que por clientes. Pero que yo la conociera carecía de utilidad: era necesario que tam-

bién supieran algo de ello los bibliotecarios, los profesores, los editores, etcétera. Era necesario hacer *Maldita la hora en la que se me ocurrió meterme en esto!!!*

La idea era sencilla: reunir durante dos días a un grupo de profesionales y a un grupo de jóvenes, con el objeto de que intercambiaron puntos de vista, de que aprendieran unos de otros, y extraer conclusiones de este intercambio. Las conclusiones, además, no sólo habían de servir para que los bibliotecarios de Cartagena afináramos nuestro trabajo, sino también para difundirlas entre otros interesados, a quienes pudieran resultar de utilidad.

La idea era sencilla, la ejecución diabólicamente complicada. El primer borrador estaba preparado en julio de 1997, pero las jornadas no tuvieron lugar hasta enero de 1998. En primer lugar, tenía que vencer reticencias. Después de todo, se trataba de un proyecto caro y acerca de cuyo éxito no había garantía. Además, puesto que las bibliotecas no parecían las más indicadas para decidir qué jóvenes debían asistir (no los conocemos a todos), se precisaba contactar con los centros para averiguar si estaban interesados en el proyecto y, de ser así, para que seleccionaran un pequeño grupo de alumnos, de manera que se mantuviera el equilibrio entre instituciones muy diferentes: desde colegios de élite hasta institutos casi marginales. De los veinte centros existentes en Cartagena, siete participaron finalmente. Por lo que hace a la otra parte, también había que seleccionar a invitados que tuvieran la agenda libre para las fechas previstas (Jorge Rioboo y Ana Escarabajal me prestaron una inestimable ayuda en este punto). Y reservar con suficiente antelación el espacio donde durante un fin de semana cincuenta adolescentes y ocho adultos tenían que convivir. Debo confesar que mi primera elección de espacio constituyó un notable resbalón del que me rescataron mis jefes y, sin embargo, amigos, más afortunados que yo en su percepción del asunto (lo cual no significa que siempre perciban todos los asuntos de manera más afortunada: a los jefes no conviene darles alas). Y luego estaba toda esa historia de la burocracia: anteproyectos, informes, presupuestos previos al presupuesto previo del presupuesto previo...

La cuestión es que el *Maldita la hora* se hizo, y hubo magia. Los invitados y los jóvenes compartieron espacio, comedor y comida. Intercambiaron opiniones, hablaron por los pasillos, escucharon durante las charlas, jugaron juntos y juntos burlaron la vigilancia de los guardias jurado para ir a la playa...

La primera noche, Alberto Soler y Rosa Zaragoza, dos jóvenes cuentacuentos, rompieron el hielo narrando en un tono desternillante y políticamente correcto historias tradicionales, en las que, por sorpresa, obligaron a participar a los espectadores. Y los espectadores participaron de buena gana. Jesús Ballaz, Kepa Osoro y Jorge Rioboo aportaron su conocido rigor y medida al hablar de los asuntos que les concernían. Y José María Plaza,

Antonio Campillo y Pepe Colubi hicieron valer su indudable carisma. M^a Cruz Delgado se colocó un sombrero de hada buena y nos hizo perder el sentido del ridículo y ganar el del humor, utilizando unos acelerados juegos en los que incluso yo, poseedor de una proverbial timidez, no tuve reparo en representar el papel de marido cornudo.

Otras veces lo he dicho: de aquel fin de semana aprendimos que los jóvenes no son los descerebrados que nos quieren vender, que tienen inquietudes y opiniones inteligentes; que aman los libros, pero no los libros impuestos; que desean ser tratados en igualdad de condiciones que los adultos; que el único mérito de los adultos, en definitiva, es que tenemos más años. Y se trata, a mi juicio, de un mérito bastante pobre.

La intención es que el *Maldita la hora* se convierta en una bienal. Creo que, teniendo en cuenta su coste y sus dificultades de planificación, es una intención sensata. Ignoro, por otra parte, si la intención se convertirá en realidad. Ignoro también si yo estaré en una segunda edición de las jornadas. Pero a quienquiera que se ocupe de ellas le recomiendo vivamente que durante seis meses utilice todo el sentido común que posea, y que durante el fin de semana se despoje de él y utilice todo el sentido de la magia que, seguro, también posee.

La edad de las despedidas (1997-1999)

Maldita la hora en la que se me ocurrió meterme en esto!!! consolidó la percepción que se tenía del problema de los adultos jóvenes y convenció de la necesidad de ofrecerles un trato específico: un trato en igualdad de condiciones y, sobre todo, un trato personal. Convenció de que no se puede hablar de jóvenes sin estar metido de lleno en el mundo de los jóvenes. Personalmente, también me convenció de que la tarea es ardua, porque, quiéralo o no, ya no soy un adolescente.

Desde entonces el funcionamiento de las bibliotecas ha mejorado: se han liberalizado algunas medidas, se ha incrementado el fondo, así como el fondo de productos distintos al libro; se ha iniciado un programa de animación dirigido a los jóvenes primerizos (una de las asignaturas pendientes).

Ha sido, no obstante, un período de *impasse*, de reflexión acerca de la resolución de problemas, muchos de ellos externos. Como dije, se ha mantenido todo aquello que había de mantenerse. Sin embargo, la temporada 1999-2000 vendrá con un replanteamiento profundo de estrategias, creo que para mejor. Puesto que, antes o después, conviene cerrar carpetas, no sé si personalmente jugaré algún papel en las nuevas estrategias. A quienquiera que abra la carpeta de los adultos jóvenes le deseo toda la suerte del mundo. ☑

Alejandro Delgado Gómez. Ayuntamiento de Cartagena